

El Tema del Día El proceso participativo catalán abre las puertas a la negociación

EL RIESGO DE CATALUÑA DESPUÉS DEL 9-N



Ferran Brunet

Profesor de Economía Europea de la Universitat Autònoma de Barcelona

Pasó el 9 de noviembre. Fue una farsa completa a la democracia. Participaron en esta comedia los mismos separatistas de siempre: según datos oficiales (sic) 1.137.941 mayores de 18 años votaron sí a que Cataluña fuera un 'Estado' y sí a que este Estado fuera 'independiente'. Esto representa el 21,14 por ciento del censo electoral. De hecho, votaron por la separación muchos menos de los 1.734.852 votantes que obtuvieron CiU, ERC y CUP en las elecciones autonómicas de noviembre 2012, y muchos menos aún de los que estos partidos dicen fueron a la performance anterior, el 11 de septiembre.

Por tanto, desastre total para el separatismo catalán. Su base social está no sólo estancada, sino que mengua. No incrementa su número ni poniendo toda la carne en el asador y prometiendo el paraíso en Cataluña. Sin duda, son muchas personas las que usan todos los medios del gobierno regional para subvertir la democracia española. Pero su única fuerza está en la capacidad de ser visibles y de hacer daño a la sociedad y a la economía catalana y española.

Éste es el riesgo catalán: la capacidad de los separatistas de hacer daño con el apoyo de un gobierno. Probablemente, este apoyo y esta capacidad seguirán. Los modos de cesar en este apoyo gubernamental y en esta

capacidad de hacer daño son: que los separatistas y el gobierno de la Generalitat cesen en la subversión, por iniciativa propia, por vigencia de las leyes, en particular las penales, o mediando el precio de un acuerdo con el Gobierno de España; o bien, por aplicación del artículo 155 de la Constitución Española.

A diferencia de Escocia, en Cataluña la energía política separatista no se consumirá con un referéndum, consulta o proceso participativo. Aquí, en virtud de la Constitución, un referéndum de independencia es necesariamente ilegal. Por ello, aunque en este 9-N votó sí-sí a la independencia solo el 21,14 por ciento del censo electoral, se antoja muy problemático dar con un instrumento que salde la energía política en Cataluña. La energía separatista se irá aquí disipando, pues, muy len-



ISTOCK

tamente, en un largo ocaso, dónde habrá más hitos y altercados varios.

Esta larga confrontación sumirá Cataluña en una larga y cada vez más profunda recesión. En este contexto ¿quién invertirá en Cataluña? Aún en el supuesto cierto de que, finalmente, la independencia no vaya a producirse nunca, la confrontación atizada por el separatismo será larga, muy larga. Y confrontación y la subsiguiente inestabilidad son realmente muy inconvenientes para los negocios, para la inversión, para el empleo, para la renta y para los catalanes.

El reto de los partidos separatistas que sostienen a los 1.137.941 catalanes que votaron sí-sí este 9-N lo es a la democracia española y, más en general, al Estado de derecho vigente en los países avanzados. Acaso en este aspecto España sea el eslabón más débil de las democracias europeas. ¿Conseguirá la democracia española vencer el virus separatista? No lo sabemos, y seguramente en ello se juega el ser o no ser, tanto de la democracia española misma, como de la misma España. ¿Tiene la democracia española suficientes capacidades, atractivos, fuerzas, legitimidad, saber hacer y disposición a usar sus instrumentos como son necesarios para vencer –finalmente, en las urnas– a los separatistas catalanes? Sin duda, no hay atajos.

Será una tarea de décadas, tantas quizá como las que llevan los sucesivos gobiernos centrales de España teniendo a Cataluña aban-

donada en manos de los nacionalistas, a los que prodigaron toda suerte de lisonjas y prebendas, con desprecio de sus obligaciones de defensa de los derechos de los catalanes. España paga ahora el precio del abandono de Cataluña, de la no vigencia allí –y en otros lados – del Estado de derecho.

De seguir la confrontación y la inestabilidad, se sumirá en una profunda recesión

El riesgo catalán se debe, pues, a la complejidad de la situación hilvanada en los párrafos anteriores y muy centrada en el desafío a la esencia del Estado de derecho que conlleva. No obstante, el riesgo catalán tiene un elemento adicional: el riesgo de contagio. Por supuesto, el contagio lo sería inmediatamente del resto de regio-

nes españolas, en primer lugar del País Vasco y luego de todas las demás, lo que conllevaría el fin de la democracia española y de España. Más allá, hay otro riesgo amplísimo de contagio: el resto de Europa. En efecto, en la Unión Europea hay muchas regiones (272 NUTS2) como Cataluña; muchas de ellas superan los 10 millones de personas, son muy prósperas o muy pobres, tienen lengua o por lo menos cultura propia (por supuesto) y algunas fueron –como Escocia, y a diferencia de Cataluña, que no lo fue jamás– Estados independientes. Doble alerta, pues, sobre el riesgo catalán: uno, porque se cronificará en fractura social, inestabilidad política y crisis económica duraderas; dos, porque si tiene una mala resolución, contagiara a otras regiones de la Unión Europea.